



—Siendo Manuel tan tacaño, ¿cómo habrá mandado que le pongan tantas coronas a su suegra.
—Pero si no son coronas. Es que, como está el camino tan malo, traen neumáticos de repuesto.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. GARRIDO: Madrid.

La CREMA LIDA reconstituyente es el único preparado eficaz para conservar la belleza de la mujer.

Sus propiedades maravillosas la hacen insustituible en todo tocador elegante.



Nada tan práctico en la vida veraniega para preservar el cutis de todo peligro como la maravillosa crema reconstituyente LIDA, que limpia el rostro de toda impureza, a la vez que blanquea y suaviza la piel.

CREMALIDA

Depositorio: URQUIOLA Mayor, 1. — Madrid

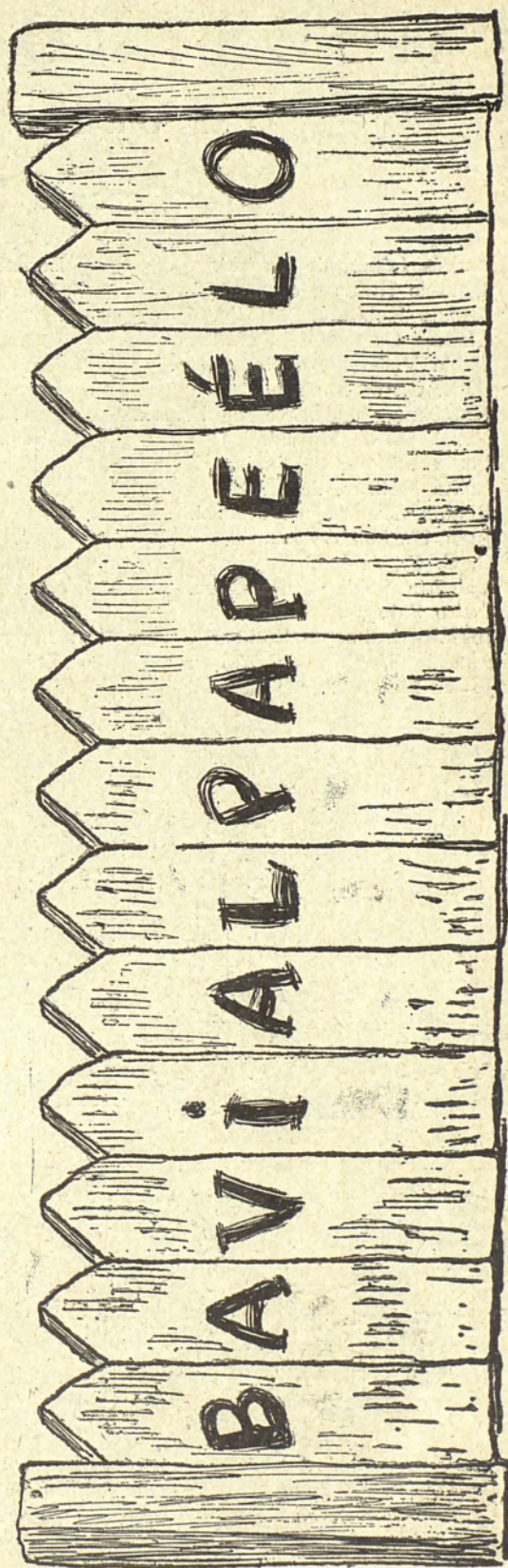
Nuestros Concursos

EL DEL MES DE DICIEMBRE

¡Ojo, señores! Nos encontramos a la vista del tremebundo concurso correspondiente al último mes del año, al mes de diciembre, como ya se habrán dado cuenta. Se trata de lo siguiente: En una céntrica calle de esta Muy Heroica Villa, existía hace años una valla de madera muy semejante a las demás vallas de madera. Pero ésta tenía la particularidad que una mano desconocida, al par que mugrienta, había escrito una frase que pronto se hizo popular y frecuente. Al edificarse el solar a que pertenecía la valla, ésta fué desmontada. Las maderas fueron vendidas, y al cabo de los años, acopladas a otro solar, donde actualmente presta sus servicios en la forma que ustedes ven. Ahora bien, el letrero famoso y popular, estaba de la forma que pueden contemplar a la derecha. Si alguno de nuestros lectores y lectoras recortan, reconstruyen y nos envían el letrero, se llevarán una alegría, al par que

100 PESETAS

que, como de costumbre en nosotros, constituyen el premio de concurso presente. ¡Ah! El concurso se cierra para siempre el día de San Silvestre, 31 de diciembre, a las doce menos cuarto de la noche, para que nos dé tiempo de ir a la Puerta del Sol a comer las uvas.



NUESTROS CONCURSOS

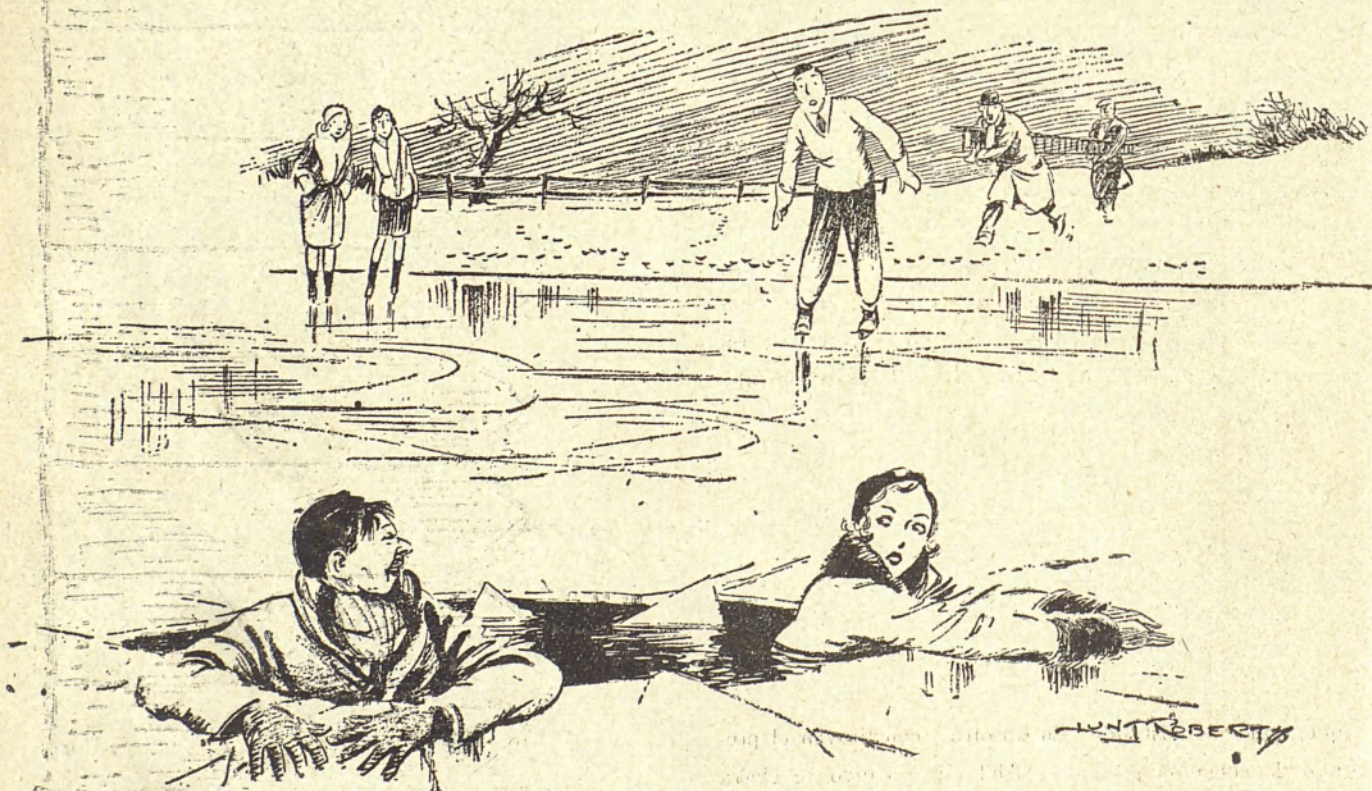
EL DEL MES DE NOVIEMBRE

Tercera lista de solucionistas

Andrés López, de Madrid.
Tiburcio Rofrero, de Madrid.
Atilano Rubio, de Melilla.
Claudio Castell, de Suances.
Pablo Vallescas, de Simancas.
S. L. C., de Madrid.
Marcelina Cuadrillero, de Escorial.
M. T. C., de Madrid.
Paula Lozano, de Madrid.
Lolita Moliner, de Jerez.
Regina Guzmán, de Madrid.
Juan Duchel, de Madrid.
C. C. C., de Madrid.
Valentín Yoldi, de Zaragoza.
Pedro Sainz, de Madrid.
José Roviralta, de Lérida.
Antonio Sánchez, de Aravaca.
Javier Manuellas, de Tetuán.

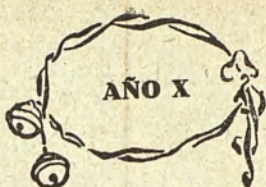
Lorenzo Ruiz, de Málaga.
Antero Ruiz, de Coruña.
Alvaro Pérez, de Madrid.
Carlos Urenda, de Madrid.
Leoncio Crespo, de Bilbao.
Paquita Jiménez, de Melilla.
Josefa Moleón, de Tenerife.
María Luisa Lois, de Málaga.
Juana de Pablos, de Madrid.
Manólitita Pérez, de Madrid.
Juan de Pablos, de Albacete.
Jesús Torres, de Alar del Rey.
José Nieto, de Tetuán de las Victorias.
Santiago de los Santos, de Guadarrama (cuatro soluciones).
Federico R. Navarro, de Madrid.
Ricardo Merced Gil, de Tuy.

Federico R. López, de Madrid.
Luis Jaime, de Madrid.
Luis de Arcos, de Madrid.
Hortensia Reyna, de Valencia.
Ginés J. Moncada, de Cercedilla.
José Vicente Ramos, de Madrid.
Carmen Lumbreras, de Tetuán (Marruecos).
Joaquín Lumbreras, de Tetuán (Marruecos).
Salvador Polo, de El Escorial.
Pilar Pozas Rey, de Orbigo.
Adela Quintana, de Santander.
Sofía Rueda, de Tafalla.
Lolita Miguel, de Guadalajara.
Antonio Vidart, de Gerona.
A. E. G. de T., de Avila.
Luisa Martínez, de Iguña.



El joven.—Toda la mañana he tratado de atraer la atención de usted y aunque no soy partidario de estos procedimientos, ya que tenemos roto el hielo. ¿Quiere usted venir a cenar conmigo esta noche al Saboya?

(De The Humorist.)



EL CENTENARIO

Nosotros teníamos uno en casa. Se llamaba don Bernardo y era mi bisabuelo por línea paterna.

Don Bernardo, calvo, esquelético, de piel amarilla y arrugada, permanecía siempre en su sillón de ruedas, inmóvil y como adormilado.

Contestaba a nuestras palabras con unos ruidos incomprensibles:

—Hola, abuelito.

—¡Ta, ta, paf!

—¿Cómo estás hoy?

—¡Glu, glu!

Naturalmente, no le concedíamos importancia alguna; ni podía intervenir en nuestros juegos, ni hablaba, ni se movía... En ocasiones llegábamos a olvidarnos completamente de él.

—¿En dónde está el abuelito?—inquiría mi madre.

—¿El abuelito?... ¡Ah, sí! Me lo dejé ayer olvidado en la galería de cristales—respondía mi hermano.

Pero una tarde llegó a casa un caballero, dispuesto, según dijo, a hacerle una entrevista. Mi padre trató de disuadirle, alegando que el anciano se encontraba en un estado en el que todo intento de arrancarle una declaración más o menos interesante resultaría inútil; pero el otro no concedió importancia a esto, y, sin más que una rápida ojeada, logró—conforme pudimos comprobar días después en el periódico que publicó el trabajo—una información maravillosa. En ella, don Bernardo refería su vida y el modo de que se valiera para alcanzar edad tan avanzada: «Hago gimnasia todas las mañanas, al levantarme; no he fumado nunca, no he probado el alcohol, ni bebo café ni té; madrogo mucho, no frecuento los locales de atmósfera en-

rarecida, paseo todas las tardes, ceno legumbres únicamente y me acuesto muy temprano. He llevado siempre una vida tan higiénica como metódica.»

Aunque nada de aquello era cierto, nos conmovimos profundamente al leer el artículo.

—Ha sido siempre un hombre excepcional—dijo mi padre con trémula voz.

—Debemos sentirnos orgullosos de él—añadió mi madre.

Desde entonces el abuelo fué atendido con mayor cuidado. Era preciso conservarle mucho tiempo para admiración ajena y orgullo propio.

—Si consiguiésemos que llegase a los ciento veinticinco...

Se le compró un nuevo sillón de ruedas; una manta de lana de brillante colorido, para que se abrigase las piernas; un gorro de seda y unas gafas con montura de oro. Pasábamos el día junto a él y hasta llegamos, en algunas mañanas de sol, a empujar el cochecito por el parque público cercano a casa.

Todos estos cuidados y algunos otros fueron reponiendo el gastado organismo del anciano. Desaparecieron de su rostro bastantes arrugas, se hizo más sonrosada su piel, los ojos adquirieron un mayor brillo y los ruidos con que antes nos respondía convirtiéronse, poco a poco, en palabras cada vez más claras y perfectas.

—Es como si se hubiera quitado diez años de encima—decía mi padre.

Y tenía razón.

Algún tiempo después, las piernas, que antes eran incapaces del menor movimiento, adquirieron fuerza y agilidad, y el abuelito pudo abandonar el sillón de ruedas para, apoyado en un bastón, recorrer las habitaciones. Luego, el bastón fué desechado definitivamente.

Comenzó a mancharse la barba gris con cabellos de un negro intenso, y las gafas de montura dorada dejaron de cabalgar sobre sus narices.

—Parece mi hermano, no mi bisabuelo—decía mi padre.

Algún tiempo después modificaba la frase de esta forma:

—Ahora parece mi hijo.

Y también tenía razón.

Era un caso prodigioso de rejuvenecimiento, un caso único. Mi bisabuelo, alto, moreno, vigoroso, lleno de salud, alegre y calavera, representaba tener treinta



Dib. SILENO. Madrid.

años y vivía como un hombre de esa edad; regresaba tarde a casa por las noches, jugaba en el Círculo, bebía, tenía novia, decía que iba a casarse...

Un año después, mi bisabuelo parecía tener diez menos y era un joven guapo y simpático que presumía de elegante y se preocupaba únicamente de cuestiones deportivas; otro más tarde, y mi bisabuelo estaba convertido en un muchacho sanote y un

poco atontado, de cara mofletuda y cabellera rizada.

Después...

Después fué, progresiva y rápidamente, disminuyendo de estatura, infantilizándose, hasta que un día murió en los brazos de mi madre, bajo la mirada del doctor, que había pronosticado a aquella dentición penosísima un trágico desenlace.

Mi padre, que fué el encargado de

redactar las esquelas, lo hizo en esta forma:

«A la tierna edad de cinco meses ha subido al cielo el niño de ciento veinte años don Bernardo Gómez y Gómez. Sus desconsolados nietos y bisnietos ruegan a usted una oración por el descanso eterno de su alma.»

JOSÉ SANTUGINI.

¡HAY QUE ESTRECHARSE!

(DIALOGO DOMESTICO)

—Aumentan las amarguras del comunista vaivén y han de llegarnos también aquí las salpicaduras.

—¿De veras, Blas?

—Sí, Tomasa.

Por si vienen malos días, hay que hacer economías en los gastos de la casa.

—Pues no habrá más que pedir en lo tocante a comer; porque desde hoy vas a hacer

lo que te voy a decir:

¿En pescado no común vas a gastar? No, señor. Cómete al chico mayor, que es un pedazo de atún.

Tan sólo el que tiene coche puede comer escabeche.

¿Y qué dices de la leche que malgastas cada noche?

Se avinagra como ves, ¿No sería, pues mejor el comprarla al por mayor

para que durase un mes?

La sopa parece estopa y cuesta mucho, aunque es basta. ¿No tienes tú buena pasta? Pues echa un poco en la sopa.

Comer garbanzos no debe de ser para nadie un goce. ¿A qué, pues, comernos doce pudiendo comernos nueve?

—¿Y no harás ya la cazuela de arroz con leche en mi día?

—No obstante la economía, te lo daré, y con canela; pero no haré el disparate de comprarla. ¿Para qué, pudiendo extraerla de las libras de chocolate?

—Tu ingenio me vuelve loco, ¡oh, mi económica dama! Ya sabes que tengo fama de conformarme con poco.

Dejo perdices enteras por un plato de pimientos, aunque es de los alimentos que me repiten.

—¿De veras?

Pues veo una economía en los pimientos que tomas, porque con uno que comas tendrás para todo el día.

—¡Por vida del rey de bastos! (que dirían los rípidos).

¿Cómo en días angustiosos no hacer cortes en los gastos?

—Ya los haremos 'os dos si vienen mal dadas, Blas. Por hoy no me digas más y pon los ojos en Dios, que si los pones tú bien (el de cristal inclusive), verás cómo aquí se vive mejor que en Bombay... Amén.

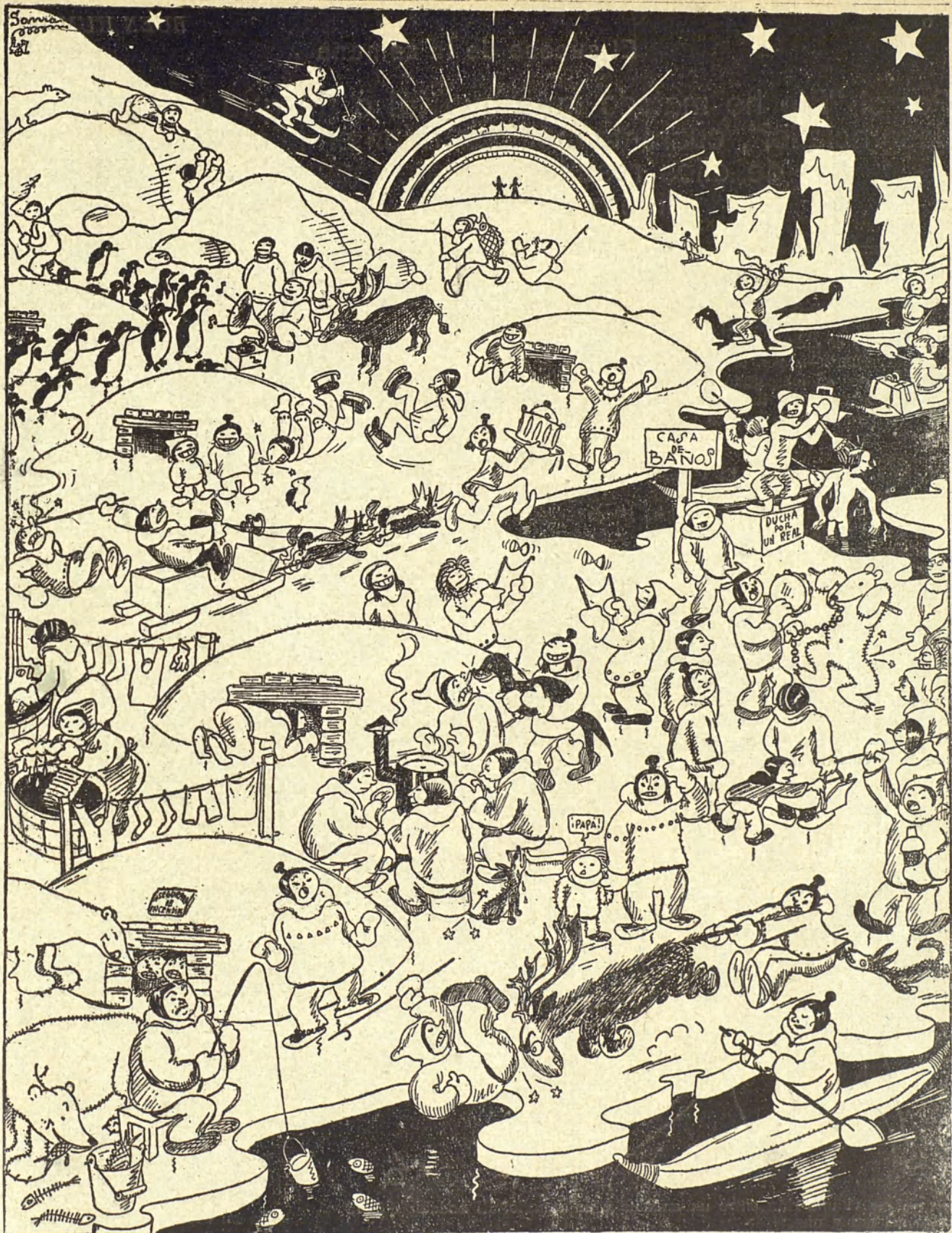
—Por en quanto não levo o termómetro. Talvez d'aqui a dias V. m'o deixe mais barato!

—Pelo contrario, o termómetro tende a subir.

Dib. NUNES. Lisboa.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.





Día de verano en el Ecuador (digo, no) día de invierno en el Polo Norte (digo, no), cerca del Polo Sur.
Dib. SAMA. Paralelo, 88.º.

El suceso de la semana

Por si "¡Yo he matado más que tú! o ¡tú que vas a matar, desgraciado!", cuarenta médicos riñen en la necrópolis, y uno de ellos resulta bastante muerto y con ligera conmoción visceral.

Esta semana hemos tenido un suceso muy mono.

Casi tan mono como las inagotables ¡a peseta, corbatas!

Por la calidad de los actores—todos hombres de ciencia y abonados a la grada cuarta—, por el escenario elegido y por su inesperado desenlace, el acontecimiento ha constituido un verdadero éxito de público y crítica.

Veamos.

La generación del 98.—El viernes pasado se reunieron en el merendero que hay cerca de la Necrópolis los alumnos de Medicina que terminaron la carrera a fuerza de café y recomendaciones el año noventa y ocho de la Era cristiana.

El objeto inmediato del ágape era embaularse un cubierto de cuatro platos, pan, vino, y de postre, torrijas. Y luego, si quedaba tiempo, festejar con discursos, puros crecidos y rondas de bicarbonato el éxito alcanzado por uno de los comensales en su primera—y parece ser que última—intervención quirúrgica.

Al acto asistieron los herederos de ya un poco agusanado intervinido, los cuales, después de la tortilla de jamón (muy escaso siempre) agradecieron al ilustre galeno, en democráticos y emocionados párrafos, lo mucho que le deben, eso que, según se susurra, sólo pretendió cobrarles seiscientas pesetas por el *faenón* realizado en el peritoneo de su ascendiente.

Los gremios de pompas fúnebres y farmacéuticos enviaron cariñosas adhesiones.

¿Damos una vuelta por nuestro feudo?—Terminada la comida y después de haber decidido con siete votos en contra que se enviaran a la esposa del festejado las flores de papel que adornaban la mesa y los huecos de las aceitunas, alguien propuso:

—Qué, ¿echamos un vistazo a nuestro feudo?

Y aprobada la idea, con un voto particular del Sr. Pérez Madrigal, los reunidos penetraron en la Necrópolis y se internaron por los bellos jardi-

nillos, que hacen de ella uno de los sitios más estables de Madrid.

Surge la disputa.—Al principio todo fué bien.

Los antiguos y encarnizados enemigos de julepe recorrieron, cogidos del brazo, unas cuantas calles, comentando dncemente la literatura de espontáneo vertida en los epitafios, y filosofando levemente sobre el más allá de las misas gregorianas.

Pero al llegar a la linde de la antigua sacramental del Este, don Benito Arencones, médico de aguas por oposición y espíritu desbordadamente megalómano, exclamó con irritante orgullo, abarcando con un amplio ademán el cementerio:

—¡Las dos terceras partes de esta gente las he enviado yo aquí!

Semejante alarde de vanidad no podía quedar sin contestación, y don Bermudo Carrillo, médico del gremio de churreros, replicó con energía:

—¡Esos faroles se los marca usted delante de un Pérez Tabernero!

A partir de este momento, el incidente se enconó como un ántrax.

Arencones, molesto por el tropo taurino de que había sido objeto, contestó a su compañero Carrillo argumentando demasiado con el bastón. En vista de ello, los restantes discípulos, que hasta el momento habían permanecido entre barreras, intervinieron, no para aplacar a Arencones, sino para sumarse a la protesta de Carrillo, ya que también ellos se consideraban ofendidos por la petulante frase del primero.

¡Pues yo sumo treinta y tres!—El primero en hablar fué el doctor Bustelo, que dijo:

—Si la memoria no me engaña, yo tengo aquí doce mil cuatrocientos cincuenta y cuatro.

El segundo, el doctor Gastón:

—Pues yo, el año de la gripe, facturé diez y seis mil ochenta y siete.

El tercero, el licenciado Losóleos:

—De mi sanatorio se han remitido veintidós mil, y no cuento los envíos a provincias.

—Lo cual prueba—colofonó pitagó-



—Ayer vi una riña entre un andaluz y un canario. El andaluz dijo al otro las mil y una.

—¿Y el canario?

—¡El canario no dijo ni pío!

Dib. DEL RÍO. Barcelona.

rico Carrillo—que Arencones es un miserable impostor.

—¡O que todos ustedes—retrucó el aludido—mienten como sefarditas!

—¡Aquí, el único que miente es usted!

—Vamos a verlo. ¡Yo desafío a Arencones a que tengo aquí más clientes que él!

—¡Y yo acepto!

—Pues hagamos la comprobación. En esta agenda está el censo completo de mis ex parroquianos.

—Y en ésta, el de los míos.

—Entonces, el control es sencillo. Todo se reduce a que busquemos el nombre de los interesados en las sepulturas.

—Pues al avío.

La operación de recuento se realizó, no sin ingentes dificultades, a causa del enorme volumen de bajas en cartera.

Realizado el control, los jurados se constituyeron en el depósito para dar lectura al escrutinio.

Arencones vence por un punto.—Sumadas definitivamente las impresionantes columnas y hecha la prueba, la voz del licenciado Losóleos anunció:

—¡Empatados!

—¡Cómo empatados!—bramó Arencones, verde de ira, pues no se resignaba a un match nulo.

—Vea usted: Arencones, 65.846. Carrillo, 65.846.

—¡Yo no tengo que ver nada! ¡Yo, lo único que le aseguro a usted es que en mi saldo tiene que haber por lo menos un ciudadano más que en el de Carrillo..., y lo habrá!

—Usted dirá cómo.

—Del modo más sencillo... ¡¡Así!!

Y enarbolando furiosamente un bastón, que era el palo mayor de la Santa María, lo dejó caer sobre la nuca de Carrillo.

Este, impulsado por aquella especie de tractor, dió cuatro saltos mortales (uno haciendo el ángel) y cayó sobre las losas en la misma disposición

de ánimo que un burócrata a las once de la mañana, es decir, para no levantarse ni pidiéndoselo de rodillas todos sus hijos.

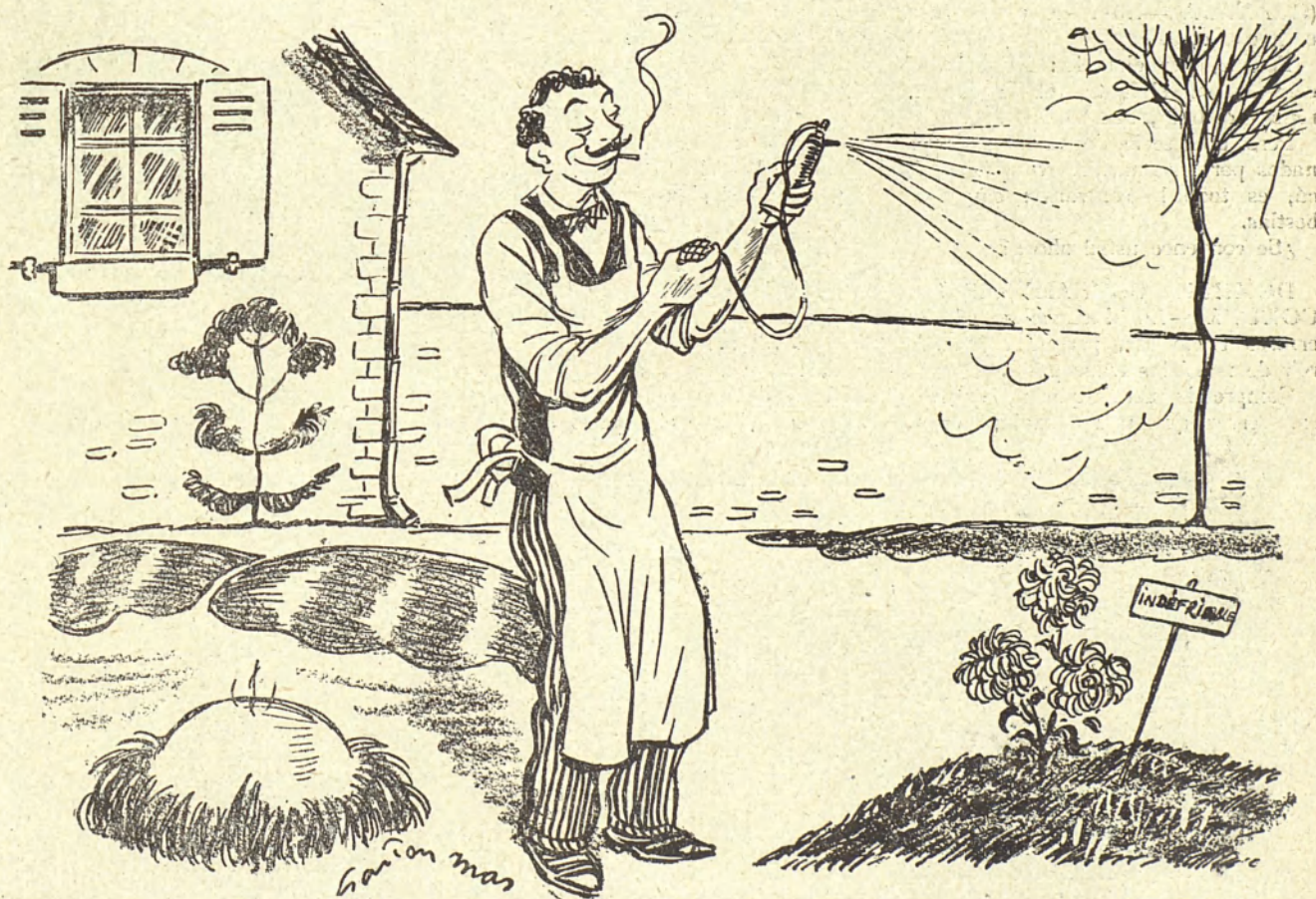
Hecho esto, Arencones cogió la lista de sus bajas, hizo el oportuno asiento y ordenó a Losóleos:

—¡Sume usted otra vez, a ver si tengo o no tengo un punto más que Arencones!

Y como así era, no tuvieron más remedio que proclamarlo todos los presentes, entre los cuales pudimos distinguir dos parejas de Seguridad, tres guardas jurados y una nutrida representación del deportivo núcleo de asalto, que, con su oportuna y siempre vistosa intervención, prestaron gran brillantez al acto de acompañar al vencedor hasta los calabozos del Juzgado de guardia, donde quedó confortablemente instalado.

Reciba nuestra enhorabuena y que no sea nada.

L. PIETAIN.



El peluquero retirado riega su jardín.

Dib. GASTÓN MÁS, Fontainebleau.

CONSULTORIO DE "BUEN HUMOR"

CARMELO PIJOTA (OVIEDO). Está usted equivocado de un modo tan compacto como vergonzoso. Unamuno no se escribe con hache.

Pero, bueno, se escribe con los amigos. Y los amigos le contestan unas veces sí y otras no, y todos tan contentos.

LUIS SOCOCHINEZ (ALBACE-TE).—Aunque no somos aficionados a la filosofía económica, accedemos a darle nuestra opinión con toda generosidad.

¡Ahí va!

El hombre glotón suele ser aborrecido por sus semejantes.

Pero sus semejantes, ¡naturalmente!, son los otros glotones, y le aborrecen por lo que él les quita de tragar a ellos.

Aborrecerle por otra cosa es lo que sería una estupidez.

MARIANO GOMEZ LUCAS (GRANADA).—No es lo mismo una cosa que otra.

Porque, por ejemplo: la mula, el camello, el elefante, el búfalo, el reno y el buey, son bestias de carga.

Pero una serie de sablazos propinados por los guardias rojos de Moscú, es todo lo contrario: carga de bestias.

¿Se convence usted ahora?

DOMINGO COCHAMBRES (LA CORUÑA).—No incurra usted en errores como ése, porque se van a reír de usted los transeúntes.

Comprenda usted que no es sensato creer que una pianola, por el

solo hecho de que la tenga un ministro, es un instrumento de gobierno.

Sería una crueldad armarle ese lío a la gente.

ANTONIO BUNUELEZ (SEGOVIA).—No, señor. No sabemos que al inventor de la cama le hayan levantado una estatua en ninguna parte.

Después de todo, es lógico.

Al inventor de la cama no se le honra levantando la estatua.

Se le honraría acostándose.

Y como esto es más difícil, así estamos todos sin saber qué hacer...

HERMENEGILDO CONEJO DE CAMPO (SALAMANCA).—Eso que usted nos cuenta, nos congratula como católicos lo que usted no puede figurarse. Pero nosotros hemos tenido satisfacciones aún mayores en materia religiosa.

Un ejemplo:

¿Puede haber en el mundo un placer comparable al que experimenta el fiel cristiano cuando ve a un limpiabotas ateo de rodillas ante todo dios?

Pues ese placer lo estamos disfrutando nosotros diariamente en cierta acera de la calle de Alcalá.

¡Que usted siga bien!

SERVANDO CASCORRO (ZARAGOZA).—Está demostrado, aunque usted no lo sepa, que uno de los animales más difíciles de amaestrar es la sardina.

Y, sin embargo, acabamos de enterarnos de que hay un circo en Noruega en el que el público se vuelve

loco con ciertas sardinas que invariablemente aparecen al final de la primera parte del programa.

Conviene advertir que estas sardinas están metidas en unos bocadillos que se venden durante el descanso de veinte minutos, pero no habrá quien se atreva a negar que se trata de unas sardinas que gustan mucho en un circo; y como esto no había sucedido hasta hoy, nos ha parecido interesantísimo y digno de dárselo a conocer a usted.

Y como esto de las sardinas puede fácilmente degenerar en una lata, nos decidimos a no continuar por este camino, en beneficio de su tranquilidad y para que no diga que somos unos infames, indignos de figurar en los ecos de sociedad y en el padrón de las cédulas.

MAMERTO TRASERETE (ALICANTE).—Lo que usted nos dice es terrible, pero es preciso que usted se consuele; y se consolará seguramente con lo que nosotros le vamos a decir a usted.

Que es lo siguiente:

La esposa de un conocido comerciante mulato de La Habana acaba de dar a luz cuatro niños de una sola vez.

Suponemos que usted, como nosotros, estará absolutamente convencido de que el mulato se va a ver negro para sacar adelante todo eso.

¿Verdad que sí?

¡Claro, hombre!

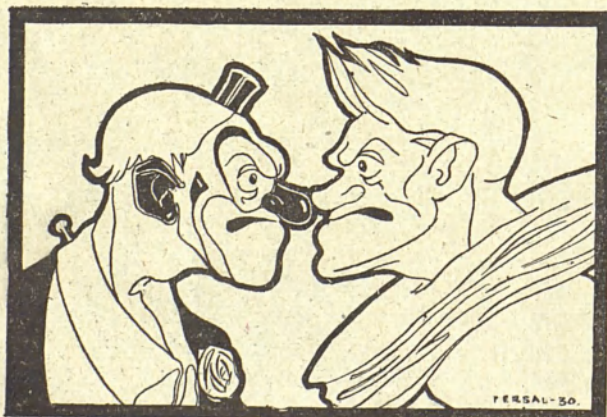
TIMOTEO ZAMARRETA (SAN SEBASTIAN).—Lo malo de los dentistas no es que le saquen a uno una muela. Es que le sacan a uno doce duros en cuanto se descuida; y eso ya es demasiado humorismo.

SERAFIN SENCILLO (MADRID).—No se empeñe usted en lo contrario, porque le harán ver a usted su enorme equivocación.

Hasta la saciedad está demostrado que cuando se le deja a obscuras a un negro, se le pone en un conflicto tremendo, porque el negro no sabe dónde está y se vuelve loco buscándose a sí mismo por todos los rincones, sin conseguir encontrarse.

Esto es muy triste, lo reconocemos, pero es lo que pasa.

ERNESTO POLO.



—¿Qué se puede esperar de un hombre que se pinta como una cupletista?

Dib FERSAL, Madrid.

ANUNCIOS RECOMENDADOS

CUENTO

—Hoy todo es publicidad. Hay que convencerse. Y aprovecharse.

Y el joven dramaturgo rió alegremente. Eran las dos y media de la tarde y el saloncillo de autores del teatro estaba en penumbras. El autor había madrugado demasiado, y esperaba, con sus dos más íntimos amigos, a que fueran llegando, unos tras otros, en perezoso arribo, los actores y las actrices que habían de empezar aquella tarde los ensayos de su obra.

Habían comido temprano los tres juntos, y ahora, fumando cada uno un buen puro, corto y perfumado, tibio y suave, esperaban en el saloncillo, en una charla íntima y confidencial.

—Vosotros no sabéis lo que debo yo a la publicidad, a esos modernos sistemas de anuncio. Y no aplicándola a mí mismo, a mi renombre, a mi popularidad, que eso me repugnaría, sino a los otros... Pero, bueno, os lo explicaré. Hará unos quince años, cuando yo empezaba a escribir, recuerdo que en un articulito en una Revista ilustrada, al hablar de un escritor a quien yo había entrevistado, mencioné la marca de la pluma estilográfica con que aquel señor escribía. ¡Lo hice, por completo, inconscientemente. Pues bien: al día siguiente de publicarse aquel artículo, la casa que fabricaba las plumas en cuestión me mandó un precioso estuche con una pluma hermosa y un lapicero de bolsillo. Y encima me daba las gracias por haber mencionado el nombre de su marca. Aquello me hizo pensar, pensar..., y desde entonces, con la varita mágica del anuncio disimulado, logro todo lo que deseo sin que me cueste un céntimo....

Dió una chupada a su cigarro y continuó:

—Bien sabéis que no soy muy rico... Lo seré, eso sí... Pero aun soy demasiado joven para que mis obras me hayan proporcionado una fortuna. Me hacen vivir bien, y ya es bastante. Dentro de unos años, quizá ya empiece a tener un capitalillo... Pero mientras eso llega, amigos míos, no puedo privarme de todo lo que me agrada y que no podría adquirir. Pues bien: para ello recurro a mi pu-

blicidad especial. ¿Recordáis la pianola aquella que se le antojó a mi mujer el año pasado? Valía cuatro mil duros. Una maravilla. Mas yo no podía desprenderme de cuatro mil duros. Y no quería dejar de dar aquella satisfacción a mi mujer, con la que

me había casado hacía tres meses. Y lo arreglé todo aplicando mi truco comercial. Acordaos de la comedia que estrené hace unos meses, «El destino», y del cuadro en que aparece una pianola en escena y de aquel diálogo entre los dos actores que representaban



—¡Tu verás qué compromiso: él que no quiere verme tan corta!
—¿Y qué hiciste?
—Pues... ¡pasar de largo!

Dib. CASERO, Madrid.

dos personajes de la obra. Uno le dice al otro:

—Hermoso mueble esta pianola. ¿Y es de buen resultado?

—¡Oh, maravillosa, maravillosa!... Una sonoridad impecable, unas notas divinas; parece un ser humano. Es lo más perfecto que existe. Es una Dundil...

Y nada más; aquellos hombres no decían nada más. Pero la obra se representó en Madrid sólo ciento sesenta veces, y claro es que aquel diálogo se escuchó ciento sesenta veces.

—En resumen, que la casa, agradecida, te regaló una Dundil...

—No. ¡La Dundil me la entregaron antes, y con esa condición puse yo ese dialoguito en la obra.

Los tres se echaron a reír alegremente.

—Y así con todo lo que deseo. Ahora estoy empeñado en algo más serio. Ahora quiero un automóvil. Lo necesito para llevar a mi mujer y al niño a pasear. Pues bien: creo que ya lo he conseguido...

—¿Cómo? ¿Cómo?—preguntaron los otros dos.

—En la obra que vais a ver ensayar esta tarde oiréis este diálogo entre el viejo conde de Sary y su niete-

cita de veinte años (Laura de Sary): «Y para que veas que te quiero y no deseo verte tristoncilla, te voy a regalar algo que te gustará mucho: un automóvil... Pero no cualquier cosa, ¿eh?, no; un señor automóvil, lo mejor que se hace hoy día, lo más perfecto. Vamos, con decirte que es un Berkel...» Y nada más dice el viejo conde. Pues bien: la casa representante de los Berkel me entregará un coche de esos completamente nuevo la noche del estreno, después de que sus directivos y consejeros, que estarán en un palco, haya oído ese breve diálogo en la primera representación, y que se ha de mantener, naturalmente, en las sucesivas...

En esto se oyó en el saloncillo una fresca carcajada cantarina, juvenil, alborotadora... El joven dramaturgo se levantó y fué a la puerta del saloncillo. Volvió en seguida.

—Es Julieta, la damita joven, que entra en su camerino. ¿Me habrá oído?...
* * *

Noche de estreno. El joven dramaturgo no piensa ni en la crítica ni en los trimestres. Sólo tiene ojos para el Consejo de Administración de la Berkel, S. A., que ocupa dos palcos contiguos.

El primer acto ha sido un éxito. Media ahora el segundo. Se acerca el momento solemne, el momento en que se gana un espléndido automóvil.

Ya está. Ya habla el viejo conde de Sary:

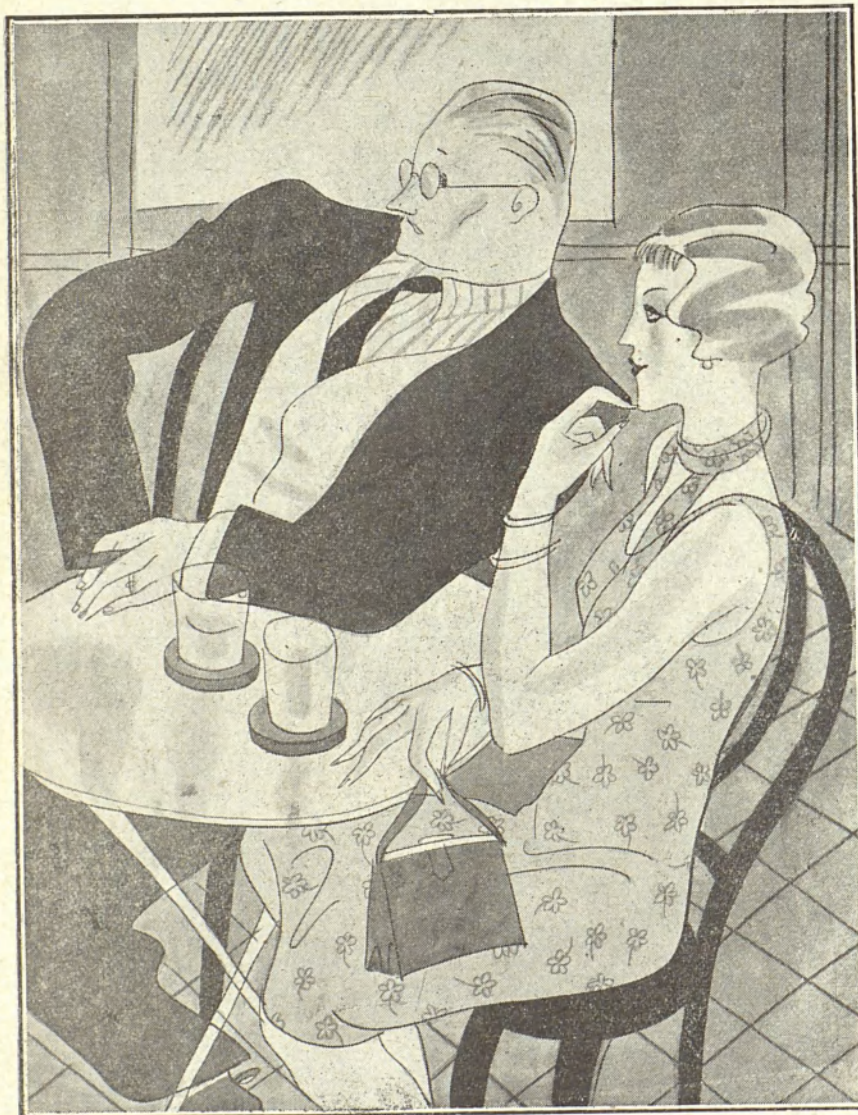
—...Un señor automóvil..., lo mejor que se hace hoy día, lo más perfecto. Vamos, con decirte que es un Berkel...

El joven dramaturgo se frota las manos. Pero en este momento se escucha la voz pura, suave, deliciosa de la damita joven, que, en su papel de Laura de Sary, dice:

—¡Ay, abuelín, qué atrasadito estás!... ¡Un Berkel!... ¡Pero si son cacharros, chatarra!... ¡Una birra, en fin!... Yo lo que deseo es un Wilton. ¡Esos, esos son coches!...

* * *

El joven dramaturgo tuvo un éxito. Pero se quedó sin automóvil. Claro que Julieta, la linda damita, le presta, siempre que él se lo pide, uno de los dos magníficos Wilton que ella posee desde hace poco tiempo, desde que se estrenó la obra del joven dramaturgo precisamente...



—Cuando nos casemos, ¿me comprarás un auto?

—¿No te gustaría más un bonito frutero?

Dib. TAULER. Madrid.

GABRIEL GREINER.

LA CLAVE MISTERIOSA

Yo he sido siempre un incomprendido.

La vida ha obstaculizado mis pasos, y los hombres han acabado de rematar la obra destructora de la vida, demoliendo, con su cerrada negación a mis trabajos, la labor de días, semanas, meses y años.

Yo inventé un aparato para hablar con hilos a larga distancia, y cuando fui a patentarlo, me respondieron que «aquello» era el teléfono, y que ya estaba inventado.

Salí descorazonado y con un rictus de desesperación en mi cara.

Y así miles de veces.

Recuerdo que una vez inventé un motor para aviones que careciesen de él, y merced al cual podían elevarse a bastante altura. ¡Y aun veo la escena cuando lo di a conocer!...

Un amigo me golpeó compasivamente la espalda y me dijo:

—¡Vaya, Alfredo, no te desanimes. Quizá tu motor tenga alguna aceptación en el Camerún.

—Pero...—intenté argumentar.

—Nada, nada. Haz gestiones. Puedes ganar dinero.

—Pero ¿es que mi invento no tiene ventajas?

—Una solamente.

—¿Cuál?

—Que como con él solamente puede uno subir a treinta o cuarenta metros, los accidentes son más rápidos y menos peligrosos.

Bajé la cabeza avergonzado.

Mi nuevo fracaso me echó con espada de fuego del paraíso terrenal de los inventos.

Porque mis últimos trabajos dieron el mismo resultado aproximadamente.

Inventé el pozo artesiano, la turbina, el gramófono, las gomas para los paraguas y el ventilador.

Pero los hombres (¡ingratos!) despreciaron mi obra y sus risas fueron puñaladas frías que me mataron el alma de inventor genial.

Fuí, soy y seré siempre un incomprendido por la humanidad.

Pero si la vida me hizo renunciar a la gloria de aparecer en el Espasa, no pudo modificar mi psicología de investigador incansable y sapiente.

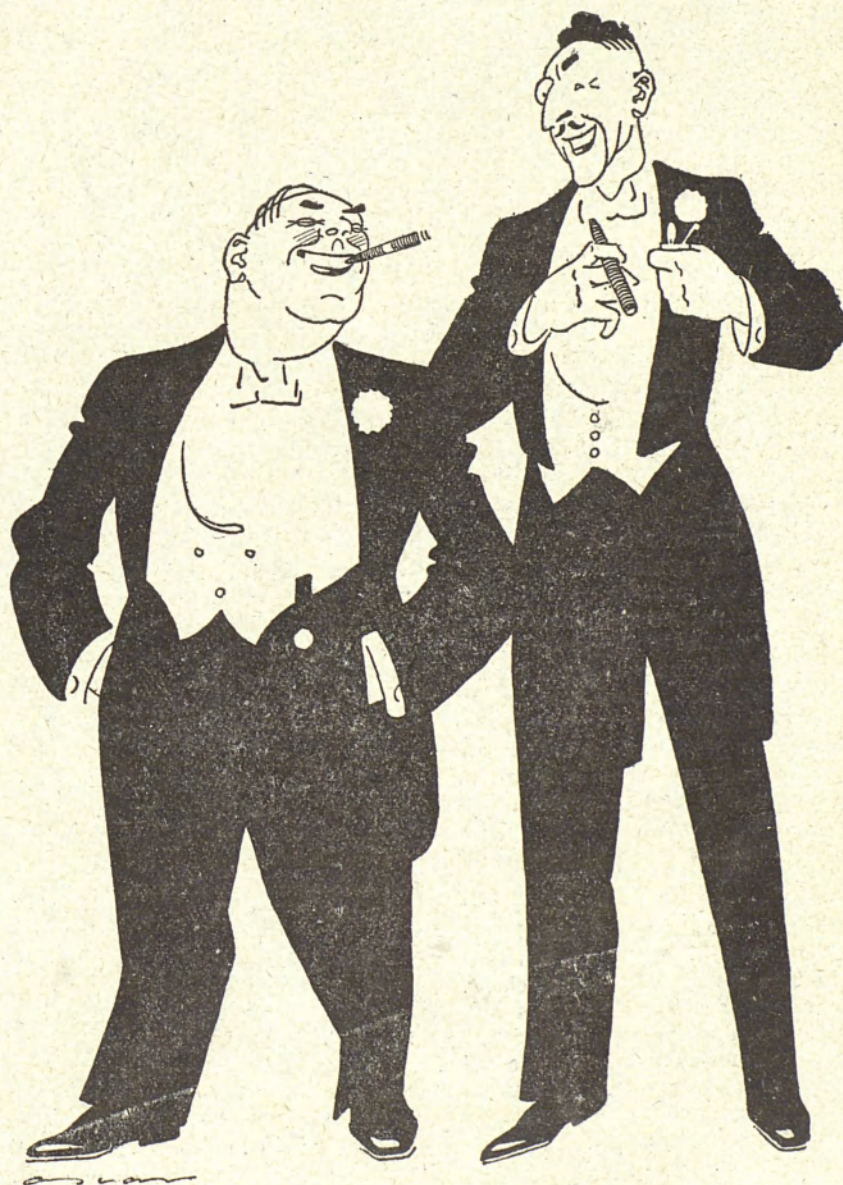
Y entré de detective particular en una agencia de descubrimientos de crímenes, robos y «complots» políticos.

Y allí conseguí el gran éxito de mi vida, que la injusticia de los hombres desgarró con sus burlas envidiosas.

Acababa de cometerse un robo de importancia.

Se sabía que los autores eran muchos y que pertenecían a una banda perfectamente organizada.

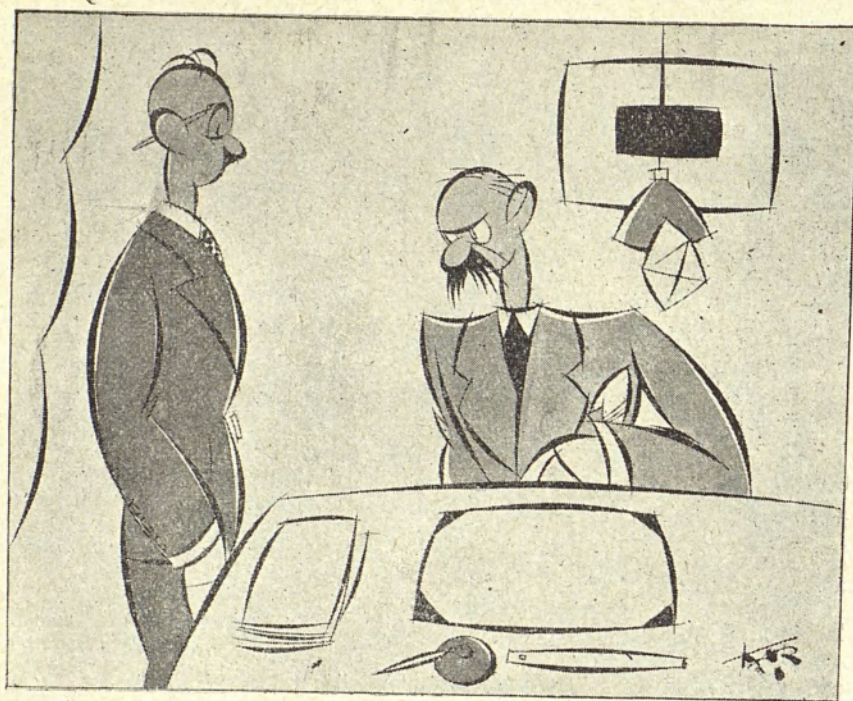
Se les había sorprendido sin fragan-



—¿En qué se parecen las mujeres a las veletas?

—En que, cuando se enmohecen, es cuando empiezan a estar fijas.

Dib. OSCAR, Madrid.



—Ha venido un viajante con un gran bigote.
—¡Bien! Dile que ya tengo.

Dib. KAR. Valencia.

ti», pero lograron escapar sin que se pudiese detener a ninguno.

Yo seguí una pista que me condujo a resultados de insospechado éxito.

Un día, paseando por el Retiro, vi a un hombre, como de unos treinta años, escribiendo afanosamente en una cuartilla, mientras que su cara de preocupación y su perdida mirada me llamaban poderosamente la atención.

Me escondí y espí sus movimientos.

Una hora más tarde, el hombre se levantó.

Miró a su alrededor y echó a andar a grandes zancadas, gesticulando.

No me cabía duda ya. La conducta del hombre era demasiado sospechosa.

Le seguí, ocultándome de sus nerviosas y rápidas miradas alrededor.

Nos perdimos en una intrincada red de callejuelas oscuras y serpenteantes.

Por fin, en la puerta de un café, se detuvo el hombre y entró.

Y yo tras él.

Un grupo como de unos seis muchachos, de diferentes edades, le esperaba y se levantaron al entrar él.

Vi que hablaban en voz baja.

Mi corazón latía con una violencia espantosa. Tenía cerca de mí la clave del misterio. Recordé las palabras de mi jefe:

—No olvide que si encontramos la clave que usan para escribir están perdidos y usted tendrá derecho a la más alta recompensa de nuestra profesión.

Y decidido a jugarme la última carta, di un paso hacia el grupo.

En ese momento, el que parecía el jefe de la banda, sacó del bolsillo el papel que yo le había visto escribir y se lo dió a uno de los suyos, diciéndole:

—Con esto entenderá todo lo que le digan. Es la clave.

Aquella frase me cegó, y con una clara conciencia del deber, di un salto, arrebaté al asombrado bandido el papel que tendía a su secuaz y huí, tirando dos mesas y tres sillas.

Todos corrieron detrás de mí, gritando, pero mis piernas, con una agilidad de gamo, recorrieron distancias insospechadas en un inverosímil «record» de velocidad.

Llegué al despacho de mi jefe, pá-

lido, sudoroso, anhelante de respiración y descanso.

—¿Qué sucede?—me preguntó inquieto.

—¡Ahí!... ¡Eso!... ¡Esa es!... ¡La he cogido!...

—¿El qué?

—¡Eso! ¡Se la he quitado!

—Pero ¿a quién?

—¡A los ladrones! ¡Yo se la he quitado!...

—Pero ¿el qué?

—Eso, ¡¡la clave misteriosa!! Vea. Signos cabalísticos, rayas, números, palabras..., ¡todo!... ¡Es la clave!... Y le tendí el papel.

Lo leyó ávidamente, y, de pronto..., ¡aun lo recuerdo con odio!..., soltó la más espantosa carcajada que yo he oído.

Me puse en pie de un salto.

Creí en su locura, pero algo terrible me esperaba. ¡Llamó a todos y les enseñó el papel, mordiendo el pañuelo y ahogando así con mano criminal las carcajadas de su hilaridad. Todos reían.

—Pero ¿qué sucede?—interrogué angustiosamente—. ¿Es que esa no es la clave?

—¿La clave?—me respondieron—. ¡Vea!

Leí el papel. Decía:

$$(x + a)^m = x^m + m a x^{m-1} + \frac{m(m-1)}{2} a^2 x^{m-2} + \dots$$

y así seguía eternamente, con pesadez.

—Y bien...—osé preguntar.

—¡Infeliz! ¡Esa es la fórmula de la potencia del binomio de Newton!... ¿A qué profesor de Álgebra se lo habrá quitado usted?...

Todos me lanzaban miradas vidriosas de llanto de risas.

Les miré a todos con desprecio, y, comprendiendo su disculpable envidia, abandoné el local. Sus risas me seguían a la calle, pero yo, erguido, orgulloso, sonreía, satisfecho de mi triunfo.

Había descubierto el «complot».

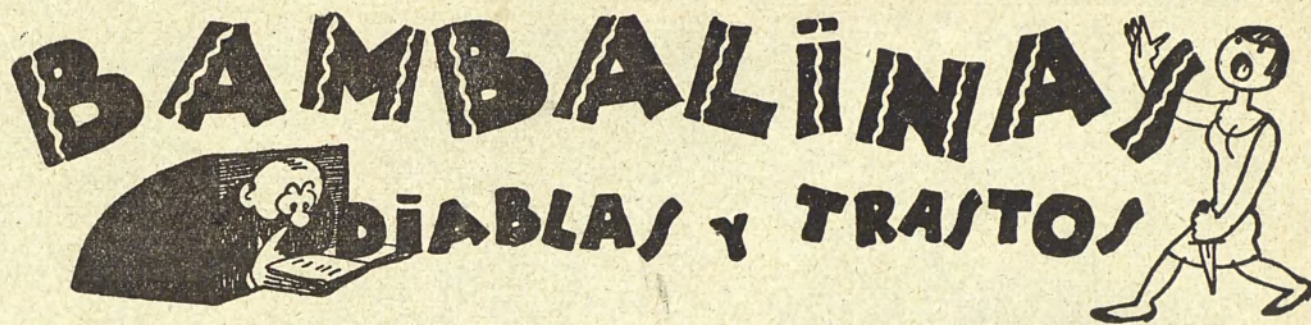
¡La clave misteriosa era mía.

Y eso me bastaba para ser feliz...

Ahora estoy recluído en un manicomio.

No me explico el por qué.

ALFREDO MATILLA.



¡ASI SE ESCRIBE LA HISTORIA!

Los dramaturgos nos amargan la existencia. ¡No, por Dios!... ¡Compasión! ¡Déjenos ustedes tranquilos! A nosotros nos gusta el teatro, pero nos revienta la historia; no hemos podido nunca sabernos los reyes godos, ni saber si el abrazo de Vergara se refería al actual subsecretario del Ministerio de Hacienda, o si los reyes de la Plaza de Oriente eran reyes de España o de Copas y de Bastos. Ni hemos podido jamás estudiar nada de historia, ni hemos querido tampoco estudiarla, porque, no; porque es inútil; las pocas veces que lo hemos intentado nos hemos encontrado con que unos dicen esto y otros dicen lo contrario, y nos volvemos tarumba entre éstos y entre aquéllos. Nos hablan de una escuadra a la que le llaman todos la Invencible, y resulta que perdió por 7 a 1 en el primer encuentro con el equipo de Inglaterra; nos habla del Espartero, como si hubiera sido un general, y resulta que fué un torero; en cambio, nos dice que Rafael fué un torero y resulta que fué un pintor... En fin, que no; que es inútil; que en este mundo traidor nada es verdad ni es mentira, salvo la historia, que sí, que es ambas cosas: que es verdad que es mentira. El mundo será traidor, pero la historia—que quiere contarnos la del mundo—es traidora. Y nosotros podemos resignarnos a padecer a un traidor, pero nunca a una traidora.

Pues, bueno, siendo así, calculen nuestro calvario cuando vamos al Español para ver una obra de teatro y nos dan una lección de historia contemporánea; y vamos al Muñoz Seca y nos dan otra lección de historia contemporánea, y hasta con altavoz. ¡No, por Cristo!... O por Lenin, si prefieren... Por el dios que más les guste... No mezclen ustedes el arte con la historia, porque allí donde

hay historia hay engaño. Hacer dramas reales, desde luego; pongan en sus obras realidad, sin escatimarla lo más mínimo; pero eso que llaman historia es lo menos real que hay en la vida.

Si quieren convencerse, no tienen más que ver lo que ocurre en esas obras de Oliver y de Ardavín, antes citadas. Todo lo que es drama, es verdad; todo lo que es arte, es verdad; todo lo que es historia, es mentira.

Fíjense ustedes en la obra de Ardavín, *¡Está la casa que arde!*, que ha estrenado con gran éxito la Compañía excelente de Irene López Heredia (1). Allí, lo que es historia, no es verdad: hay un pintor que se oculta bajo pseudónimo, pero que—según ocurre siempre con los pseudónimos—deja a la vista suficientes alusiones para que sepamos que se trata de Julio Romero de Torres. Su modelo, sus cuadros, su apellido, su patria nativa; todo. Todo, menos la verdad; porque Julio Romero, que, en efecto, pintaba así, no hablaba así, sin embargo. Y tampoco el señor Franco, el aviador Ramón Franco, transparentemente aludido en el personaje de agitador popular más o menos anarquizante. No hay ninguna razón para creer que se haya hecho ácrata el aviador Ramón Franco por resentimientos y amores con el pintor cordobés y con una novita monja. Lo mismo ocurre con el drama de Oliver: no hay razones históricas de peso para que podamos atribuir a ningún hijo del señor Martínez Anido los arranques redentoristas que le honran en la escena, pero

que no le pertenecen en la historia.

Claro que Ardavín y Oliver nos dirían si tomaran un poco en serio—cosa que no deben hacer—las palabras que nosotros escribimos: «Pero hombre, por Dios, Abril, no sea usted crítico, hijo, y comprenda usted un poco... El dramaturgo coge de la vida los datos que le hacen falta y prescinde de todos los demás. No está haciendo retratos; hace arte... Sus personajes, por tanto, deberán parecerse a los reales, pero no ser iguales... ¡Qué más da!... La igualdad no es necesaria.»

Y nosotros decimos: «Desde luego; si el dramaturgo coge de la vida, perfectamente bien; debe hacerlo; si el dramaturgo aprovecha datos reales, perfectamente bien; debe hacerlo; pero lo vital y real no está precisamente en lo histórico.»

La historia—por lo menos esa historia que se limita a decirnos que tal rey tuvo tal hijo, y tuvo tantos hermanos, y se pelearon o no, y a éste sucedió el otro; esa historia que nos dice si tal dama fué o no fué la favorita de este general o de aquel ministro—, la historia de los personajes históricos no tiene que ver nada con los personajes dramáticos, de dramática realidad y drama vivo. Si a nosotros nos dice Oliver, o nos dice Luis Ardavín «Estos hombres pudieron ser así.» Nosotros diremos: «Cierto... Hay hombres que son así, y en cuanto hombres, nos gustan; en cuanto han tratado ustedes de hacer drama, ¡tan contentos!» Pero no hace falta ninguna, para que sea ese hidalgo tan castizo, que añadan a su retrato datos concretos históricos, porque entonces no se aumenta el parecido, sino que se disminuye. Si Paco Romero quiere parecerse a cualquier hombre, y a cualquier hombre de España, y a cualquier hombre andaluz, conformes y ¡enhorabuena! Si quie-

(1) En el momento de cerrar esta edición vemos que hay aquí un error: la obra de Ardavín no se llama como decimos, sino que lleva por título *Las llamas del convento*.



—Perdone usted, caballero. ¿Sabe dónde podría encontrar diez céntimos de hielo para hacer una compresa a un sobrinito que está con la meningitis?

Dib. ALA. Barcelona.

re, además, parecerse a Julio Romero, no; Julio Romero, que era hidalgo y andaluz, no era hidalgo *así* como ése. Y Franco, igual... ¿Para qué, si del tipo se puede decir: «Es un hombre como hav muchos... tratar de decir «Es un hombre como Franco», si al compararlo con Franco resaltarán y se impondrán las diferencias en vez de las semejanzas?

O sea que, si nos preguntan «¿Puede ser esto vital, y «real», y verdadero?», contestaremos que sí; pero si nos preguntan «¿Es histórico?», contestaremos que no. Los personajes históricos no son como allí aparecen.

Y cómo, para lo importante de su obra, da lo mismo que lo fueran o no lo fueran, y, en cambio, el tratar de que lo sean puede perjudicar a lo importante, por eso exclamamos nosotros: «¿Déjenos ustedes de historias!... La historia, para los historiadores y para los desgraciados niños que pueden, en su inocencia, creerse que es verdad aquello que les cuentan. A nosotros, que ya estamos en el secreto, ¡no nos vengán con historias!... Coger unos sucesos de la vida y luego falsearlos: ¡así se escribe la historia! Pero no los dramas.

En todo lo que hay en esas obras,

que no tiene que ver para nada con los modelos y los hechos «sucedidos», hay mucha más verdad que en aquello que parece instantánea del natural. El arte no se aviene con la instantánea, sino con la eternidad. En la obra de Ardaín el pintor hace de todo—de capitán, de hidalgo, de tenorio, de conservador y de fuerza viva—; de todo menos de pintor; el militar es agitador, hablador, renegado, arrepentido, radical moderado y anárquico y enchufista; todo menos capitán; la monja es capaz de casarse con todo dios menos con el Dios de las monjas; será todo menos monja. Esto no tiene que ver con ninguno de los personajes históricos a que se alude en la obra; y, sin embargo, ¡eso sí que es castizamente verdadero!... Nosotros, que somos literatos, nos pirramos por la pintura; y los pintores se pirran por el billar; y los médicos por el tresillo...

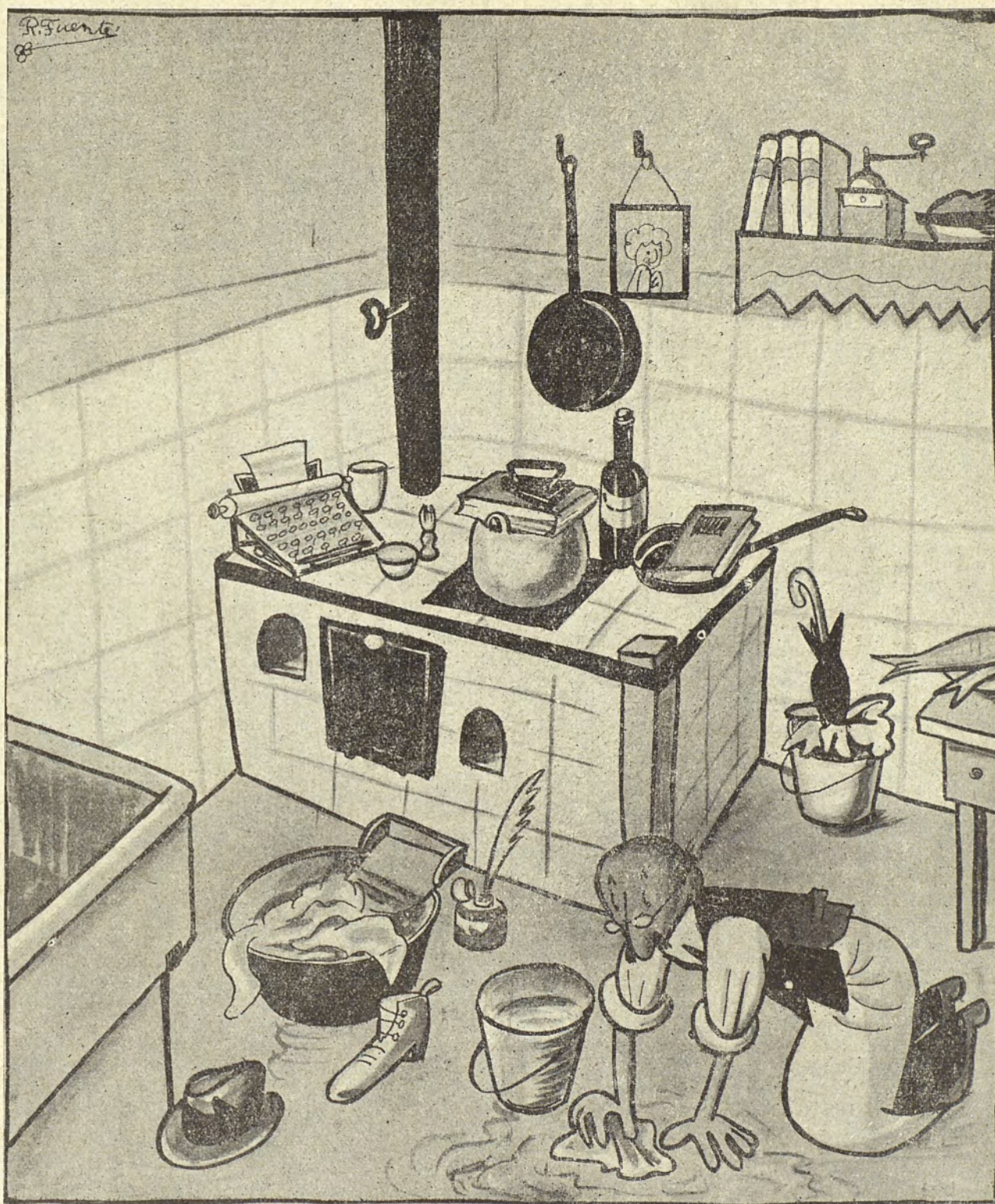
De *Los pistoleros* podríamos decir análogos argumentos. Pero ustedes vean el drama y comprobarán que en Oliver, como venimos sosteniendo desde antiguo, hay un hombre de teatro formidable y un dramaturgo buenísimo.

Buenísimos, también, los cómicos españoles que han representado estas obras. Irene López Heredia está en plena madurez de su talento dramático; Asquerino triunfó completamente en todo instante, pero triunfó más aún en los momentos de máximo peligro. Y otro tanto pudiéramos decir de la señorita Pallarés, tan gentil y buena cómica, y de los señores Kaiser y Manent.

La interpretación de la obra de Oliver, por la Compañía magnífica del teatro Español, ha sido algo notable; Borrás es extraordinario cuando habla y cuando calla. No se puede decir más sin necesidad de despegar los labios. La escena muda, y, sobre todo, el gesto de adiós al «hijo», son «pedazos de museo». Manolo Díaz, por primera vez en la escena «fuera de su casa», demostró—y ¡de qué modo!—que puede andar solito por el mundo. En un trabajo que no era de su género habitual, dió la nota precisa y justísima, y dió, además—cosa poco frecuente, aunque no en él—, la nota «inteligente».

Inteligente fué también—no sólo buena—la interpretación de López Silva y de Montero en sus respectivos papeles, a cual más comprometido y más difícil. Ambos emplearon buenos medios de comediante, aplicándolos con mesura y sutileza de comprensión inteligente. Pero no insistamos en esto de la inteligencia, no sea que los fichen como «intelectuales», y ¡adiós!... ¡Pobres de ellos, entonces!...

MANUEL ABRIL.



—Yo no sé, no sé. Seré un sentimental, un romántico, un cursi, no lo sé; pero la verdad es que hay momentos que me apetece estar casado.

Dib. FUENTE. Madrid.



Correspondencia muy particular



Modesto (Valladolid).
Las cuartillas de Modesto van al cesto, por supuesto.

S. E. H. (Madrid).
Ni «árbol» se escribe con hache, ni «vil» se escribe con be. Por eso, el que a usted le tache de burro, sabe por qué.

Z. N. (Oviedo).—Es más inocente que un cordero pascual. Y nos ha hecho la pascua mucho mejor que el cordero.

G. V. P. (Barcelona).—Se puede ser un idiota, pero se debe disimularlo con todo el fervor posible. Queremos decir que usted disimule. ¿Está entendido?

E. A. C. (Sevilla).—Es una cosa tan incalificable, que más vale que tarareemos un pasodoble antes que ocuparnos del inmundito asunto.

Marte (Madrid).
Mi querido amigo Marte: ese artículo que has hecho es como para matarte entrándote por derecho.

J. de B. (Burgos).—¿De manera que en la Sierra el viento muje?... ¡No le tenga usted envidia! ¡Usted rebuzna, y todos tan contentos! ¡El caso es hacer cada cual el ruido para el que tiene condiciones!

R. G. T. (Zaragoza).
¡De veras que ya me canso, y me aburro y me fatigo, de tratar con tanto ganso como usted, mi noble amigo!

D. J. A. (Teruel).—Publicaremos, cuando podamos, su cuentecillo baturro, que no deja de tener cierta novedad y relativa gracia. ¡Enhorabuena, y siga por ese camino tan bien empedrado!

Nicanor (Valencia).
No es posible, Nicanor, que lleguemos a un acuerdo, si no escribe usted mejor y en estilo menos cerdo.

B. P. A. (Madrid).—No nos gustan «Las piernas del moro». Aquí nos gustan muchísimo más las piernas de las cristianas.

S. Q. L. (Badajoz).—Le va a ser a usted difícilísimo obtener en esta casa ni el más mediano éxito.

R. B. A. (Granada).
No podemos admitir, ni queremos publicar, el cuento «Omar y el emir». Así que no hay más que hablar.

Mediano (Avila).—El seudónimo demuestra una conmovedora modestia, que no tenemos más remedio que alabar. Usted no es Mediano. Usted es malísimo.

A. R. M. (Jaén).—¿Con que usted es un pobre?... ¡Casi estamos de acuerdo!... Porque lo que aquí opinamos es que es usted un pobre animal... La diferencia de apreciaciones no es mucha, como usted verá.

Amós (Madrid).—¡«Amos», anda, Amós!... ¿Pero todavía crees que las cosas castizas le interesan a alguien? ¡No seas indostánico y despierta, que estamos en el año 1931!...

V. R. T. (Alicante).—Demasiado atrevidas esas observaciones cinematográficas para publicarlas, aunque compartimos en todo su opinión.

C. G. R. (Bilbao).—Eso no vale absolutamente para nada y le aconsejamos que no lo envíe a otro periódico, porque allí va a valer todavía para menos.

A. C. N. (Toledo).
Dispense la democracia de nuestra contestación, pero es usted un melón sin una pizca de gracia.

V. L. S. (Córdoba).—Si el protagonista de su cuento era tan listo que no quería hacer versos a la novia, ¿por qué usted no ha procurado ser más listo que él, renunciando a ha-

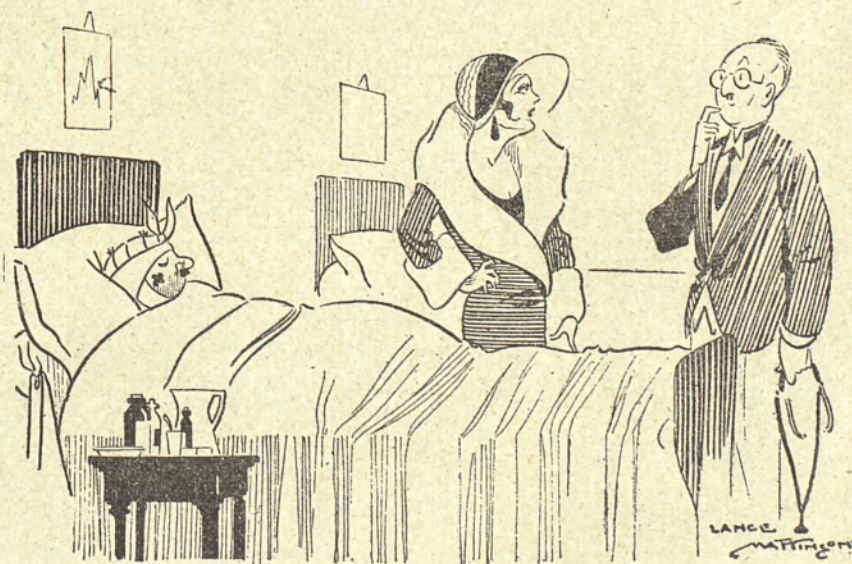
cer prosas al protagonista? ¡Terrible misterio, que nos ha disgustado mucho!

P. R. B. (Madrid).
No podemos admitir lo que usted nos ha mandado. Usted no sabe escribir y, además, es muy pesado.

R. G. D. (Vitoria).—Es espantosamente largo, y el final le deja a uno un poco frío. Y como estamos en diciembre, no es negocio el quedarse helado por complacer a un literato, aunque sea tan amable y dulce como usted.

Cacerola (Burgos).
¿Qué cosas tiene en la «chola» el amigo Cacerola!
¡Lástima que nuestros lectores no las puedan ver, pero no nos atrevemos a que las vean!

G. N. S. (Oviedo).
Usted, cargando baúles, ganaría más dinero que haciendo versos tan «fules» con tan escaso salero.



La estrella de cine (cuyo marido vuelve en sí después de un accidente de auto).—Dígame, doctor, ¿se le puede decir que me he casado dos veces desde que le ocurrió el accidente?...

(De London Opinión.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicar se los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el **Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

Profesor: —¡Pero hombre!... Si dijimos que son substantivos todas las cosas que se pueden tocar; en la frase: «El perro muere», ¿Cuál es el substantivo?

Alumno: —No lo sé.

Profesor: —«Perro», hombre.

Alumno: —¡Pero si el perro muere, cualquiera lo toca!

Pietin (Enguera).

Dos jóvenes pasean por las inmediaciones del Seminario de Madrid. Uno le dice al otro:

—He observado que siempre

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

—Doctor, ¿quiere usted permitirle a mi marido tomar cerveza después de cenar?

—¿Por qué?

—Porque desde que usted le dijo que no la bebiera después de cenar, no quiere nunca cenar.

JORGE VALENT (Valencia).

están herméticamente cerradas las puertas y ventanas. Eso, ¿por qué será?

El otro, maquinalmente:

—Pues ¡para que no se vayan a las «Vistillas»!

M. Pascual.

ANECDOTA

En un pueblo de Andalucía, y

con motivo de Pascuas, fué a confesar un vecino que no lo había hecho desde que se casó.

Cuando terminó el representante de Dios de imponerle la penitencia, aquél hubo de exclamar:

—Pero oiga osté, pare: yo creí que los cazaos estábamo

ezento de ézto; pue ¿le parese poca penitencia tené suegra?

M. P. L. (Madrid).

El médico: —¡Cuidado que soy distraído! Ayer me metí en el bolsillo la receta que acababa de hacer, y en cambio dejé aquí la cuenta de la lavandera.

El enfermo: ¡Anda! ¡Pues con ella fué la chica a la farmacia y le dieron esa medicina que estoy tomando.

Tercos (Palencia).

Casa de las PANTALLAS

Preciosas, desde 2 pesetas. aparatos de comedor cuya luz facilita la digestión, desde 18 pesetas. Sólo los tiene **Romero.**

ROMERO.—Fuencarral, 68.

OBSERVACIONES

Existe gran diferencia entre la «curiosidad» que se experimenta por conocer algo que no sabemos, y la «curiosidad» y aseo de la dentadura. (Palillos finos de menta, a perra chica el paquete.) Por eso, cuando nos dicen que Fulano tiene una mujer curiosa, no sabemos a qué se refieren.

El Carbonero (Madrid).

ENTRE AMIGOS

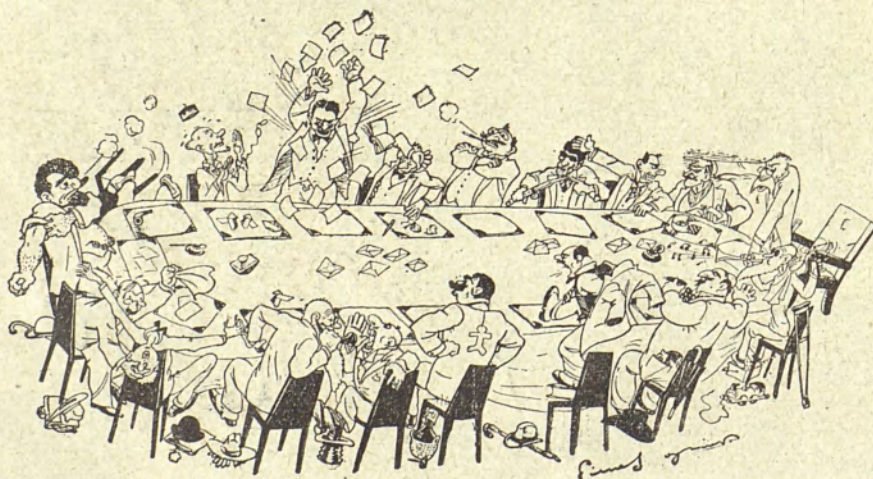
Uno: —Hoy he estado hablando con un inglés durante cinco horas.

Otro: —¿Pero cómo te has entendido? ¿Hablábais por señas?

—No, hombre; es que el inglés sabía el español perfectamente.

Garci-Minte (Melilla).

El profesor que explicaba Psiquiatría llevó a los alumnos a un manicomio para que cono-



El orador.—La mitad de los miembros del Consejo son idiotas.

El presidente.—Señor, yo le ruego a usted que rectifique esas palabras.

El orador.—Bueno; entonces... la mitad de los miembros del Consejo no son idiotas.

40 FOTOGRAFÍAS MUY ORIGINALES, DE PARIS, ULTRAINTERESANTES



Compuesta de varios modelos de tipo ultra-moderno, constituye la colección actual más curiosa. Sólo quedan algunas series sobre papel color carne. Escribid urgentemente. Envío a todos los países bajo sobre cerrado, contra recibo de 20 pesetas en billetes de Banco, Giro postal internacional, sellos o cheque sobre París.

B. MARLÈNE Libraire

34, Rue Godot de Mauroy -- PARIS



cieran unos cuantos «casos» notables. Ante un joven de romántico aspecto que caminaba por los jardines como un peregrino del amor, con una mano sobre el corazón y la otra tendida hacia adelante, como queriendo coger su ideal, dijo el profesor: —He aquí un caso notable. Ese pobre demente volvió loco de la impresión que le produjo el desprecio de una encantadora dama, con quien quería contraer matrimonio. Desde entonces, que va caminando en pos de su amor...

Siguieron andando por el jardín y se encontraron con otro atacado de manía persecutoria. Huía velozmente, volviendo la vista hacia atrás, y corría sin cesar...

Uno de los alumnos, que lo descubrió, preguntó al profesor: —¿Y ese pobre loco...?

—¡Ese!... Ese es el que se casó con la encantadora dama...

Hércules (Enguera).

El juez.—Cuando los dos hombres luchaban utilizando como armas las sillas, ¿por qué no intentó usted ponerlos en paz?

El testigo.—Porque no habla más sillas, señor juez.

Pilar Conreino (Madrid).

—¿Por qué lloras, pequeño? —¿Te duele algo?

—No.

—¿Pues qué tienes?

—Que a todos mis hermanos les han dado vacaciones, y a mí no.

—¿Pues y eso?

—Porque yo no he ido nunca a la escuela.

M. P. C. (Huelva).

ENTRE CHICOS

—¿En qué me parezco yo a un cartero?

—¿...?

—En que al cartero le pagan el correo, y a mí me pegan con correa.

José Badía (Zaragoza).

EXAMEN

—Vamos a ver, señor García: explíqueme usted la lección novena.

—La lección novena..., la lección novena...

—Sí, señor: lección novena.

¿Qué es la masa encefálica?

—Pues... la tengo en la cabeza, pero en este momento no recuerdo.

J. S. (Madrid).

EN LA PORTERÍA

La portera (leyendo el periódico): —«El criminal, después de degollar a sus tres víctimas, las hizo picadillo, con el cual fabricó embutido, que después expendió en su establecimiento.

Interrogado por el juez, ma-

nifestó que utilizaba la carne humana para hacer salchicha, porque pertenece a la Sociedad Protectora de Animales y le da mucha pena que se sacrifiquen indefensas terneras e inocentes cerdos.»

Una vecina: —¡Pobre hombre! ¡Y entoavía può ser que le condenen!

El Carbonero (Madrid).

EN EL CONSERVATORIO

El profesor: —¿Por qué pone usted «Imno» sin hache?

El alumno: —Pues para poder oírlo.

El profesor: —No entiendo.

El alumno: —¿No ve usted que la hache es muda?

El profesor: —¿Y qué tiene que ver eso?

El alumno: —¡Pues si pongo la hache, que es muda, ya no suena el «Imno»! ¡Con lo que me gusta la música!

Enrique Soto y Soto (Madrid).

REPROCHES

Ella: —Bien sabes que seguí siempre tus indicaciones; acuérdate cuando me dió por coquetear y pintarme los labios, que me lo prohibiste, y no volví a darme color.

El: —¿Y qué me importa si no te llevaras el carmín a la boca, si desde entonces no has comido nada más que chorizo?

Juan Simón (Enguera).



—Voy a España este año a pasar mis vacaciones.

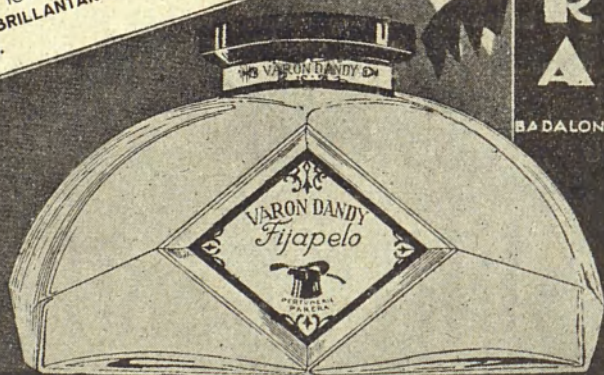
—¿Y por qué has elegido España?

—Porque he conseguido comprar un Badeker de España a mitad de precio.

fijapelo

VARON DANDY

PESE A LAS MUCHAS IMITACIONES QUE EL EXITO DEL FIJAPELO "VARON DANDY" HA ACARREADO. NINGUNA DE ELLAS HA SUPERADO NI TAN SOLO IGUALADO SU CARACTERISTICA: FIJAR Y ABRILLANTAR EL CABELLO SIN ENGRASARLO.



PERFUMERIA PAPERERA

BA DALONA

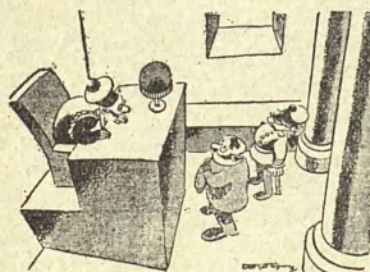
CUPON

Correspondiente al núm. 520 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.



—Mamá, hoy no debía lavarme la cara, porque me he despertado soñando que me había caído al agua.



—Queda usted condenado, por ladrón, a tres meses de cárcel y quinientas pesetas de multa.

—Señor juez, no tengo más que doscientas cincuenta; pero si me deja usted una hora en libertad, en seguida le traigo el resto.

TAPAS para encuadernar colecciones semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 ptas. una. Se remiten certificadas si al enviar el importe se acompañan 0,30 pesetas.

BARCELONA

HOTEL
BEAUSEJOUR

Paseo de Gracia 23

Casi frente Estación

Apeadero de Gracia

Teléfono 20745-46

Lujosas habitaciones

Grandes salones de

reunión con toda clase

de servicios. Pensión

desde Ptas. 17'50

Cubierto, 5 Ptas.

Descuento del 10% a los portadores de este anuncio

PENSION

FRASCATI

Cortes. 647

Teléfono 11642

De primer orden para

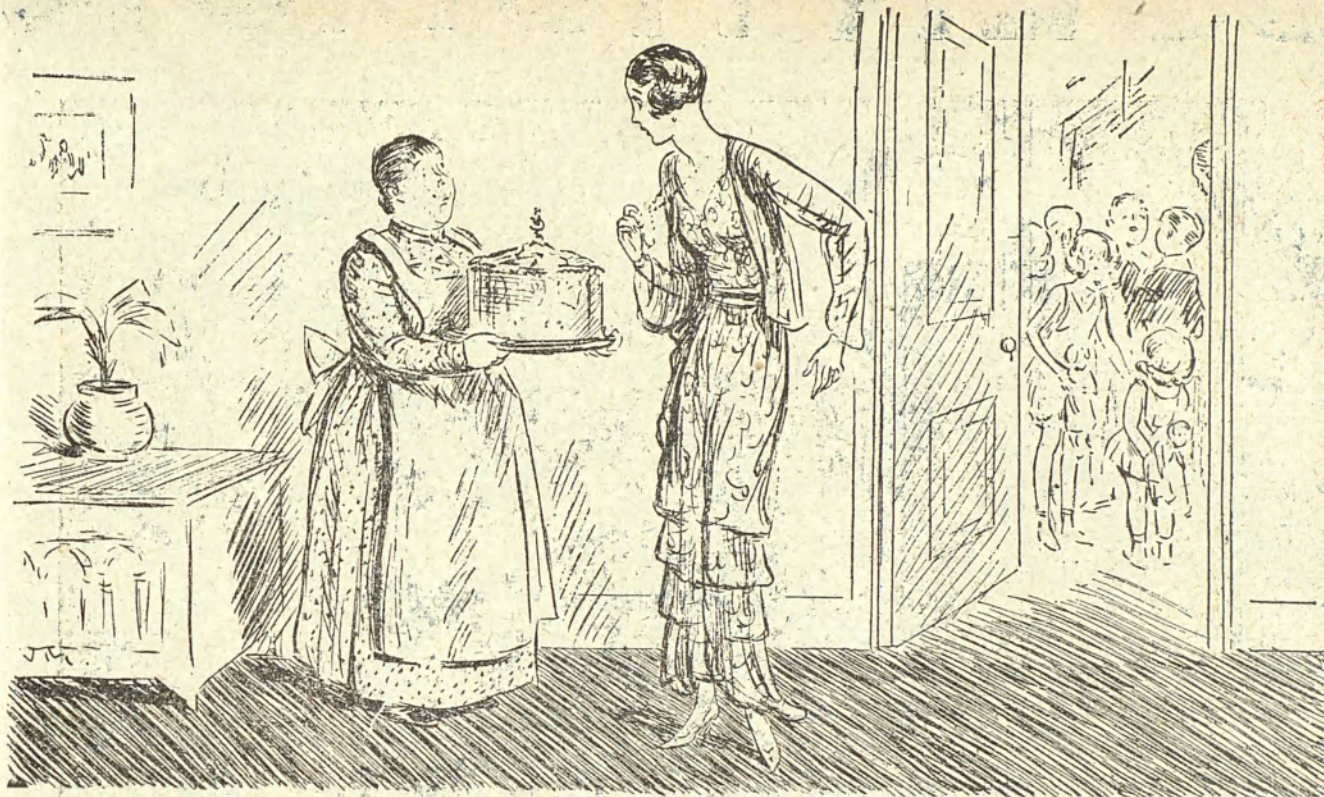
familias distinguidas y

extranjeros. Trato

esmerado. Baños, ascensor,

Pensión desde Ptas. 12'50.

Cubiertos Ptas. 3'50.



La señora.—Es muy bonito el pastel para el cumpleaños del niño. Pero ¿qué has hecho con las velitas que indican los años que va a cumplir?

La cocinera.—¿Las velitas? Las he cocido con el pastel.

(De The Humorist.)



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apdo. 605, Habana.

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142

BUEN HUMOR



—Señorita, no he encontrado ni gas ni lina.
 —¿Qué dices? ¿Estás loca?
 —¿No me había dicho la señorita Ayuntamiento de Madrid gas-o-lina?

Dib. CUESTA. París.